

nacido en la más pequeña aldea no implica demérito en la mujer. Sépanlo las que parecen avergonzarse del calificativo de paletas y sépanlo también las que miran por encima del hombro a la joven que se axfisia con el olor a gasolina. El campo tiene aromas más puros y más suaves y no es extraño que acostumbradas a llamar al cielo cielo y a la tierra tierra se encuentren un poco extrañadas al caminar por un seco campo de asfalto o al ver la bóveda celeste casi fea y oscura a fuerza de haber lumbrado la población.

No queremos decir con esto que una muchacha de pueblo hace siempre mal papel en la capital. Hoy día casi no nos diferenciamos porque en el terreno de las Extravagancias sabemos llegar donde las primeras y—ahora en serio—la cultura tampoco conoce ya fronteras pueblerinas.

Pero aún existe un no sé qué que nos hace... ¿superiores? no, por Dios de-testamos las superioridades pues casi siempre llevan consigo un tinte de orgullo que ajea y ridiculiza; es más hermoso este sentirnos un poco hermanos en estos tiempos en que se vive con tanta independencia y despreocupación de nuestros semejantes.

Es el color que predomina en el cuadro que retrata la vida de los pueblos. La joven no se encierra nunca en su esfera social; con tanta afabilidad saluda al más humilde como al más elevado. Hay una corriente interna que une, que hace sencillos a todos, sencillez que ha sido bautizada con el nombre de ambiente pueblerino, ¿por qué? No queremos que se nos conteste, sabemos que hay cosas a las que nunca se les supo dar su verdadero nombre y esta es una de ellas.

Ya estáis viendo que ni atacamos ni nos defendemos, ¿para qué? Somos como somos, ni mejores ni peores que las demás. Encajadas perfectamente en el sitio en que el Señor ha querido que vivamos y con esto, con ser felices aquí, donde Dios nos ha puesto, ya damos una prueba de ser inteligentes, porque alardear de lo que gratuitamente, sin esfuerzo, se nos dá y atacar a los que sin culpa suya no se les concedió otro tanto es: si no de tontos, al menos de no muy sabios.

**María Isabel Pedrero.**

## EL POETA CUENTA UN DIALOGO

(A José Fernández Arroyo.)

—He cubierto de pámpanos  
y flores mi cabeza.  
Y he liado a mi cuerpo  
manadas de eulebras.  
Triste amigo, me lanzo  
a las henmosas selvas.

—Yo llevo—y llevaré  
a pleno sol mi testa.  
He cubierto mi cuerpo  
con la parda estameña.  
Pobre amigo, yo busco  
las verdades eternas.

—¿Por qué no me acompañas  
a las hermosas selvas?  
Allí será la vida  
agua que se despeña,  
allí serán las cosas  
completamente nuestras.  
La muerte llegará  
—llegará... si es que llega—

cuando todo rumor  
y fresca brisa sea.

—Por qué no buscas tú  
las verdades eternas?  
Conmigo aprenderás  
lecciones de paciencia  
y beberás conmigo  
aguas que refrigeran.  
La muerte llegará  
—nunca faltará—  
cuando todas las cosas  
nos brinden su presencia.

Tristemente miráronse  
los hijos de la tierra,  
dudando cada cual  
de lo que antes dijera.

Después, se repartieron  
el retiro y la selva.

**Angel Crespo y Pérez de Madrid**